

# LARISA

La mejor periodista roja del siglo XX

Paco Ignacio Taibo II  
(antologador)

Mayo 2014.

© Larisa Reisner

Esta publicación es financiada con recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad A.C.

**[www.rosalux.org.mx](http://www.rosalux.org.mx)**  
**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Jorge Belarmino Fernández.  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

## NOTA

Una primera versión de *Larisa, las historias que cuentas...* forma parte del libro ARCÁNGELES. En el momento de escribirlo no conocía las biografías de Kathy Porter ni de Galina Przhiborobskaja. Por lo tanto, quizá algún día vuelva sobre el texto.

La traducción de *Sviyazhsk* ha sido tomada de la revista *Spartacist* de diciembre de 2013 y ha sido revisada comparándola con el texto alemán y español de las ediciones de *En el frente*.

**Paco Ignacio Taibo II**



## LARISA, LAS HISTORIAS QUE CUENTAS, LAS HISTORIAS QUE ME GUSTARÍA CONTAR

Paco Ignacio Taibo II

“Mira alrededor, ¿cuál de nosotros no estaba hecho de  
escamas y reservas nebulosas?”

Boris Pasternak

(en un poema dedicado a Larisa)

“No es nuestro propósito, ni mucho menos, negar la  
importancia que lo personal tiene en la mecánica del  
proceso histórico ni la influencia del factor fortuito  
en lo personal.”

León Trotski

### I

La versión que me gustaría escribir diría que siendo hija de un profesor, un académico socialdemócrata, la niña nació un primero de mayo impidiendo a sus padres asistir a las demostraciones callejeras que acababan en cargas de caballería de los cosacos contra los obreros. Fue en Lublin, en la Polonia rusa, en 1892. Pero el profesor Mijaíl Reisner, maestro en la Academia de Agricultura de Pulawy, abogado de origen germano-báltico, en esa época no era socialdemócrata, sino civilizadamente conservador, y monárquico por ende.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Me hubiera gustado decir que fue niña de exilios, maletas y baúles, cambios de geografía, interminables reuniones nocturnas con café, té y humo, educada en colegios cambiantes, entre apasionadas discusiones que se comían el fin de siglo donde todo habría de cambiar; pero la versión que más se ajusta a la realidad fue que los viajes, que sí existieron, y muchos, y que la llevaron de niña por Alemania y Francia, obedecían a movimientos de su padre en negocios. ¿En qué momento el profesor Reisner recibió el impacto de la luz? ¿Cuándo dejó su adhesión monárquica y se tornó republicano? ¿Cuándo su conservadurismo se convirtió en socialismo?

El caso es que en la vida de la niña entraron los abuelitos rojos de toda aquella generación de socialistas que pensaban que el siglo XX sería el siglo de la iluminación y el progreso, y conoció al abuelito August Bebel, que había sido amigo de Marx, y a Karl Liebknecht, y por lo tanto contempló el fin de siglo con cantos proletarios, luces de bengala, fogosos llamados a poner el mundo bocarriba y “de los que ahora es nada, todo será” y también con villancicos y pasteles entre el zoológico de Berlín y la Universidad de Heidelberg, estudiando entre hijos de obreros en Zehlendorf.

Esta nueva vida llena de reuniones nocturnas, viajes, susurros, apasionadas conspiraciones, la llevó con sus padres a París y Larisa descubrió los 320 maravillosos metros de ese portentoso juego para adultos, ese homenaje al acero y a los que lo observamos, que es la torre Eiffel.

Y luego de nuevo Rusia era una realidad más amplia que los sueños del exiliado, se hablaba de gobierno constitucional, estallaba el movimiento, soplaban buenos vientos,

y nacía la huelga general y la palabra *soviet*; era el inicio del breve intervalo revolucionario de 1905.

Me hubiera gustado contar que Larisa transportó propaganda en su cochecito infantil entre las sábanas y las mantas antes de aprender a leer, abrió correspondencia dirigida a su padre por error y se trataba de cartas contando el ascenso revolucionario de un tal N. Lenin y escuchó hablar de Marx como «el viejo Karl» antes de enamorarse por primera vez. Las últimas aseveraciones son ciertas, las cartas de Lenin existieron y fueron mostradas orgullosamente por la familia años más tarde; la primera, la de la propaganda en el cochecito infantil, es difícilmente comprobable; la revolución de 1905 encuentra a Larisa con trece años cuando sus padres abandonan el exilio y regresan a San Petersburgo; Y el profesor Reisner se integra a la universidad, abogado y marxista en territorio, en el mejor de los casos, de liberales complacientes.

Comienza a circular el rumor de que ha trabajado para los servicios zaristas. Algunos intelectuales de izquierda como Plejánov y Burtsev se hacen eco del rumor. Repentinamente las tertulias se disuelven, los amigos desaparecen, el profesor Reisner camina por el pasillo con la mirada perdida. ¿Tiene algún sustento la calumnia? ¿Cómo se pelea con un enemigo que surge de los amigos y no tiene rostro? ¿Quién puede demostrar que es falso lo que nunca ha sido verdadero? ¿Negar con énfasis no equivale a despertar nuevas sospechas?

El mundo de la conspiración política tiene una clave paranoica. En la Rusia zarista sólo se sobrevive dudando, y aun así, los provocadores y los soplones se infiltran, ascien-

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
den en la organización, de repente venden células enteras, ponen en la cárcel y la tortura a su mejor amigo. ¿Es necesaria por tanto la paranoia? La fuerza del veneno es terrible. Un socialista sólo tiene como instrumentos su honra, su prestigio, sus ideas.

Karl Rádek dirá años más tarde: «La amargura y la desesperación se apoderan del hogar». El profesor se aleja de la política. Larisa entiende la gravedad de lo que sucede aunque no puede explicarlo; resiente la falta de calor en la casa, los silencios que la dominan, el alejamiento de los amigos, la profunda tristeza de su padre.

El compañero de los últimos días de su vida contaría que su paso por la secundaria fue «una verdadera agonía». ¿Qué cruza la cabeza de esta muchacha particularmente sensible e irritable? ¿Dónde está el diario de aquella adolescente que parecía ya haber aprendido que escribir era la vida? Que se escribía no sólo para contar sino para entender; que contar era de alguna manera reordenar la injusticia exterior, ajustarle cuentas, purificar.

A los diecisiete años, en 1909, Larisa escribe una obra teatral cargada de ensayo, o un ensayo que intentaba disfrazarse de teatro, llamado *Atlántida*, y que los que lo leyeron llamaron «una metáfora social», en la que, según Rádek, un hombre ofrenda su vida para salvar a la humanidad.

Me gustaría contar que, en una vida así, los papeles suelen perderse con absoluta frecuencia y falta de respeto y que eso sucedió con el manuscrito de *Atlántida* y que la muchacha no lloró su primera obra, porque no se lloran los experimentos y porque la vida es larga y se hablará tanto de ella y existirán tantas cuartillas escritas con una plumilla

fina y letra nerviosa, porque la tensión debe pasar al papel, y la *Atlántida* ese continente perdido que inventó Platón jugando, no existe, pero los arqueólogos y los bibliotecarios podrían desmentirme. La obra fue publicada en 1913 por Shipovik y aquél que tenga la paciencia y suficientes amigos rusos puede encontrarla.

## II

En 1914 estalla la guerra y todo se puede consumir en el holocausto, incluida la buena voluntad de la socialdemocracia, voluntad de cambio evolutivo. La guerra es, en más de un sentido, la muerte, el retorno, o el dominio de la barbarie, ya incluida en el zarismo. Su padre sale del ostracismo de la calumnia, es demasiado grande el compromiso moral para dedicarse a la abstención. Y se alinea con la izquierda socialdemócrata, con los que no han sucumbido al patriotismo bélico, los que creen que la guerra imperial no tiene más dios que el poder, los mercados, el control del mundo.

Y Larisa Mijailova emprende la tarea con furor. Junto a su padre funda y edita una revista llamada *Rudin*, que expresa las posiciones del socialismo antibelicista. Para poder hacerla, la familia se mete en un sinfín de compromisos económicos que pronto se vuelven deudas.

Larisa actúa como la más fiel de las secretarías de redacción, escribe poemas, artículos, contesta la correspondencia, entra en debates con socialdemócratas que han sucumbido al patriotismo guerrero, lleva la contabilidad, pone los paquetes en el correo, anima, agita. La revista es inicialmente aceptada con reservas por la policía, a la que,

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
dado el aislamiento político de los Reisner, no le preocupa demasiado; luego será censurada. Tras haber pasado varias veces por la casa de empeño, los Reisner se ven obligados a culminar la aventura editorial.

Pero cuidado, la imagen es incompleta, no basta reseñar las horas en la revista, los crecientes artículos denunciando el retorno a la barbarie, también hay que observar cuidadosamente a la mujer de veintidós años, muy blanca, de nariz afilada, peinada con rodetes para que no le estorbe la cabellera de pelo muy fino, vestida con la holgada blusa de los campesinos sobre faldas de vuelo muy ancho y colores pastel, fumando, ya que de vez en cuando se escapa de las jornadas interminables de la redacción y desaparece.

Sklovski la encuentra patinando, haciendo figuras en la pista de hielo, dejándose mirar y querer por los soldados heridos que la observan. Mientras dibuja filigranas que sólo existen en su cabeza. Crea la ilusión de la inocencia, pero la ilusión de la inocencia es absurda, ya no queda inocencia, ya no quedan inocentes. La ilusión de la inocencia es un peligro. La joven comienza a trabajar en los círculos obreros de las organizaciones de la izquierda socialdemócrata; a bordo de un tranvía cruza San Petersburgo, «Peter» para los republicanos y los ateos, rumbo a los barrios negros y sucios.

Esa jovencita rodeada de papeles y cartas, de personajes que están en la cresta de la sociedad porque son poetas y su palabra caliente en brasero los corazones; es también una organizadora animosa, que impone respeto cuando mira fijamente. El mundo de la socialdemocracia es el mundo de la palabra escrita, de la obsesión del periódico clandestino, de los pequeños círculos de estudio del mar-

xismo, de la *agit-prop* (agitación y propaganda), y Larisa se mueve en ese ambiente como en una gran casa. Pasa del experimento fracasado de *Rudin* a colaborar en *Novaya Zhin*, que dirige Máximo Gorki.

Y de repente, en las celebraciones del Día Internacional de la Mujer promovido por la socialdemocracia, comienzan las huelgas. ¿Es esto la revolución? No, tan sólo un pequeño movimiento que el 23 de febrero de 1917 nace en la barriada de Viborg en San Petersburgo. Me gustaría decir que la joven Larisa intuye que más allá de las huelgas está el inicio de la sacudida social más potente del inicio del siglo XX, pero no conozco ninguno de sus artículos, y lo más probable es que haya visto en las primeras huelgas lo mismo que el resto de la socialdemocracia radical: una expresión del creciente hartazgo de la sociedad hacia las penurias de la guerra. Pero ahí están esas banderas rojas en las marchas obreras y las reiteradas demandas de «pan, paz, libertad».

El 24 creció el movimiento, pues cuando todos esperaban que decreciera, los cosacos no reprimieron. Para el 25 ya hay doscientos cincuenta mil obreros en huelga y a lo largo del día se suman los estudiantes, se producen choques con la policía, desarme de gendarmes. El gobierno reacciona y ordena una redada de militantes de los partidos obreros. Hay detenciones en la noche; corren rumores de que se ha sublevado un regimiento negándose a disparar contra los obreros. El día 26, domingo, con el ejército en la calle la huelga duda. El 27 las asambleas la ratifican ante el desconcierto de los partidos de izquierda. Los obreros marchan hacia los cuarteles, comienzan las insurrecciones militares, son liberados los presos.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

¿Dónde estaba Larisa en las jornadas de febrero? Rastreo decenas de narraciones sobre la revolución de febrero sin encontrar su nombre; finalmente, hallo una breve frase de Víktor Sklovski que dice: «Larisa estaba entre los que tomaron la fortaleza de San Pedro y San Pablo. No fue un asalto difícil pero había que estar allí, acercarse a la fortaleza, confiar en que las puertas se abrirían». ¿Se refiere a las jornadas de febrero o habla de la misma acción meses más tarde, en octubre?

Suenan tiros en todo San Petersburgo. Cae la fortaleza zarista, la dictadura se desmorona. Nacen los poderes paralelos, la Duma liberal y burguesa, los soviets de obreros y soldados. ¿Es eso la revolución? Esas asambleas de hombres armados que se quedan dormidos de agotamiento a mitad de una frase; esos personajes salidos de la nada, que adquieren popularidad de un día a otro, cuando se revela que tras sus seudónimos se esconde el mito subterráneo que sólo la Ojranka y los enterados saben: aquél que es miembro del Comité Central de los socialdemócratas mencheviques desde 1908, aquél que fue miembro de la dirección del soviets de 1905, que insurreccionó a los obreros del mítico barrio de Viborg.

Y Larisa reencuentra el poder de la palabra. Escribe sobre los clubes obreros y sus debates, sobre la cultura fabril, sobre los torpes intentos de construir teatros en las fábricas, sobre las fuerzas que la revolución ha liberado. Colabora con la revista *Létopis* de Gorki, y luego rompe con él a causa de un violento artículo contra Kerenski. Se vincula a lo más duro y rasposo de la izquierda armada, a los grupos de los marinos de Kronstadt, y allí establece un círculo

---

**Larisa**  
de estudios. Descubre a los bolcheviques y se acerca a ellos. Sus amigos de la socialdemocracia moderada y culta la miran sorprendidos: ¿Qué haces con esos tipos? Son una secta. Son unos aventureros.

La Revolución Rusa ya no tiene encanto al inicio del nuevo milenio, cuando escribo sobre esta jovencita, este personaje del idealismo de acero. La Revolución Rusa en términos de mito ha sido devorada por su autoritarismo, destruida por el monstruo del estalinismo cuyos ecos justamente suenan a antropofagia, tiros en la nuca en sótanos helados, campos de concentración siberianos y abuso en el reino del doble lenguaje de apariencia igualitaria y de realidad autocrática. Su triste destino al ser vomitada en un acto final por la burocracia travesti yeltsiniana no ayuda demasiado, tomará tiempo a la historia volver a ser historia.

Ya no hay magia, sino una sombra de duda en evocar al terco N. Lenin y al brillante León Trotski. Pero Larisa sigue allí y camina por la Perspectiva Nevski con sus ajados cuadernillos y folletos rumbo al tranvía que la llevará a la base naval a trabajar con marinos y fogoneros, y a descubrir el método infalible para pensar la revolución.

Larisa no escribió su versión de la Revolución de Octubre, lamentablemente no narró aquel par de semanas, y su libro inexistente no está en mi estantería acompañando a Reed, a Trotski, a Volin, y tapando los manuales de la Academia de Ciencias de la URSS. Años más tarde una imagen quedará fijada y aparecerá en otras de sus crónicas: la manera como sonaban las campanas del carrillón de la fortaleza de San Pedro y San Pablo; esas campanas suenan dentro de Larisa para darle una de sus claves a la Revolución bolchevique.

III

Larisa trabaja en el Departamento de Bienes Culturales, organiza la protección de los museos, cataloga tesoros, recupera el patrimonio artístico que tratan de sacar de Rusia, defiende ante el descuido, la violencia o la barbarie las obras de arte del viejo régimen.

Liev Sosnovski cuenta: «En los círculos de nuestro partido, que había salido de la organización clandestina medio raído, rasgado y poco versado en las elementales convenciones de la vida civilizada, era extraña la figura de una persona cabalmente bella, refinada de pies a cabeza en apariencia, palabras y hechos. Nos habían defraudado tantas veces aquellos a los que nos habíamos acercado que era difícil que nos arriesgáramos a la decepción una vez más; de modo que a Larisa Reisner se le entabló un proceso silencioso e interminablemente repetido que fue transformándose extrañamente a sí mismo. Yo tengo todavía más razones para hablar de esto ya que en numerosas ocasiones me sorprendí poniéndola a prueba».

Las ocasiones de las que Sosnovski habla se sitúan en el inicio de la guerra civil cuando Larisa, recién afiliada al partido bolchevique, trabaja en el Departamento de Propaganda con Rádek y Sosnovski, a los que termina fascinando.

Pero eso a Larisa le parece poco y en 1918 se incorpora al ejército rojo. Se ha casado con el que será su compañero de armas, Fiódor Raskólnikov, un personaje singular, apenas unos meses mayor que ella, estudiante pobre nacido en las afueras de San Petersburgo, formado en internados siniestros en lucha contra popes que lo castigaban, peleando con el hambre, sostenido por una madre viuda, rebelde

natural, ligado desde muy temprano a la socialdemocracia rusa, amante de las novelas y poco amigo de los textos teóricos. El joven ha pasado por las cárceles zaristas y las clandestinidades, en la Revolución de Febrero fue el organizador del soviét de los marineros de Kronstadt. Al iniciarse la Guerra Civil, Raskólnikov enfrenta a los ejércitos de la contrarrevolución en Pulkovo y más tarde es nombrado comisario del Estado Mayor General de la Marina.

El ejército rojo se bate en una docena de frentes, entre ellos uno interno no menos grave, al haber roto con los socialrevolucionarios a causa de la Paz de Brest-Litovsk. Los aliados han desembarcado en el nórdico puerto de Arkánguelsk, los japoneses han tomado Vladivostok, los alemanes ocupan Crimea, Ucrania, Estonia, Lituania y Curlandia, los aliados han desembarcado en Múrmansk; por la retaguardia amenazan las tropas del monárquico Kappel y hay bandas blancas en todo el inmenso país, que luego se convertirán en ejércitos.

Pero curiosamente el peligro más grave que afecta a la república roja viene de la Legión Checa, un cuerpo extranjero encuadrado dentro del ejército zarista que en retirada hacia Siberia, donde debería ser enviado de nuevo a Europa para combatir contra el Imperio Austrohúngaro, se ha rebelado. Veintidós mil soldados bien organizados controlan el ferrocarril hacia Siberia y cortan en dos Rusia desde fines de mayo; en agosto toman Kazán y avanzan hacia el Oeste.

#### IV

Me gustaría reconstruir lo que pasó en Sviyazhsk con las palabras de Larisa, pero no conozco más que fragmentos

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
de *En el frente*, el pequeño libro de relatos de la guerra que habría de escribir más tarde, y entre ellos se encuentran breves noticias de lo sucedido entre el 8 de agosto y el 10 de septiembre de 1918 en aquel apeadero de tren a muy pocos kilómetros de Kazán.

La historia que se integra al mito revolucionario cuenta cómo en la noche del 7 al 8 de agosto se prepara en Moscú un singular tren con dos locomotoras. Entre las adaptaciones que a toda velocidad se hacen a la máquina, se encuentra dotarlo de una pequeña biblioteca, un garaje y vagones que portan media docena de coches, una sala donde se crea una pequeña imprenta, una potente estación radiotelegráfica y otra telegráfica, con capacidad y materiales para reparar líneas. En la noche del 8 suben a él, el presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República Soviética, León Trotski, Iván Smírnov, Arkadi Rosengolz y los miembros de un tribunal revolucionario encabezado por Gusiev. Los acompañan además Larisa Reisner y cuarenta jóvenes seleccionados del partido.

Cuando el tren parte hacia Kazán, tomado por los checos, la situación es trágica, el ejército de los Urales se desmorona. Trotski anota: «Lo único en que coincidían todos era en el deseo de batirse en retirada». Sólo se sostiene la división de tiradores letones, bolcheviques del viejo ejército dirigidos por Vazetis. Ese mismo día, mientras las calderas de las máquinas enrojecen y surgen los primeros hilos de vapor blanco en la máquina delantera del tren, se ha decretado la creación de campos de concentración para militares conservadores. Trotski se justificaba: «La situación terrible del país nos obliga a tomar medidas draconianas».

El tren se detiene en Sviyazhsk y desde ahí comienza la reconstrucción del frente. Trotski sigue instrumentando medidas terribles. La orden del 15 de agosto dice: «Todo el que colabore con el poder de los checoslovacos y guardias blancos durante su dominación será fusilado». Al mismo tiempo comienza a salir el periódico, los activistas se mueven en las filas de las tropas rojas reconstruyendo la moral. No se retrocederá. El tren está ahí para mostrarlo.

El 17 llega la flota de torpederos del Volga a través de una red de canales: cuatro pequeños torpederos, aún con los nombres zaristas en su costado y unas cuantas lanchas fluviales artilladas y con ametralladoras. El 18 se revisa la flota, que está en un estado desastroso, pero la moral de los hombres de Raskólnikov es alta. Esa misma noche Trotski participa en una incursión hacia Kazán; Larisa va en el puente de uno de los torpederos. En un combate fluvial los rojos ganan su primera batalla y Trotski habrá de escribir en sus memorias una de sus mejores páginas narrando el combate nocturno contra la flotilla de los blancos.

Larisa trabajará primero en la sección de espionaje del V Ejército y luego se sumará permanentemente a la flota. De su primera labor quedará una breve historia: «Se dirigió vestida de aldeana a espiar en las filas enemigas. Pero en su aspecto había algo de extraordinario que la delató. Un oficial japonés de espionaje le tomó declaración. Aprovechándose de un descuido, se lanzó a la puerta que estaba mal guardada y desapareció».

Más tarde Larisa registrará en *En el frente* algunas de estas historias, no las propias. No contará sus incursiones tras las líneas enemigas para enlazar a la flota del Volga con

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

el tren de Trotski, ni las misiones de reconocimiento que la hacen montar sin parar 90 kilómetros a caballo; no contará que fue combatiente como uno más, que disparó, vivió la guerra en la trinchera, un pedazo de pan sucio por todo alimento al día, el compañero que se desangra al lado. Pero podemos leer a un narrador por lo que cuenta, por lo que ve y como lo ven sus ojos, por lo que descubre, lo que registra, lo que selecciona, aquello que le interesa, por lo que deja de lado, por el matiz que la primera persona del cronista deja en el texto, por los gestos de admiración, los adjetivos. Podemos leer al narrador en lo narrado, y es otro oficio este de leer en las líneas al que cuenta y no lo que cuenta. En los combates bélicos, Larisa no deja de lado los paisajes, pero trata de armar las historias de los personajes de la segunda fila, esos marinos que se han tragado millares de millas náuticas sin apenas comida, y sin embargo se vuelve central en la narración la manera como un marinero, los gestos rutinarios, le quita la funda a su cañón, en una mecánica que por habitual no deja de estar cargada de tensión.

Larisa vivirá entonces y escribirá más tarde: « ¿Tiene o no belleza aquel cuadro cuando una batería emboscada a dos pasos, en la orilla, abre fuego sobre el barco, y el comandante a gritos impone el orden a su gente de la que se ha apoderado un pánico salvaje y de tal modo les grita que todos despegan sus cuerpos de la cubierta y de un salto se abalanzan sobre los cañones? ».

*En el frente*, su futuro libro, se contiene una batalla con el lenguaje, y Larisa la combatirá y se reirá de sí misma y « ¿quién se atrevería a asomar hoy a los labios frases tan cursis y anticuadas como ésas de heroísmo, fraternidad de los pueblos, sacrificio admirable, morir luchando? ».

Y sin embargo, ¿cómo contar historias maravillosas y terribles? En un resumen muy apretado de las peripecias de la flota de Kronstadt escribirá: «Imaginaos un puñado de barcos, como una docena de remolcadores y vapores blindados, unos dos mil marineros de las divisiones de Kronstadt y el mar Negro, que forman su tripulación.

“Imaginaos tres años seguidos; marchando fusil en mano miles de kilómetros, desde el Báltico a la frontera persa; comiendo pan amasado con paja, pudriéndose en un sucio camarote; consumiéndose en un mísero lazareto lleno de piojos; venciendo, triunfando finalmente contra un enemigo tres veces más fuerte y mejor armado; luchando con cañones reventados y con viejos aeroplanos fuera de uso, que no pasaba un día sin que se estrellaran por la mala calidad de la gasolina, y siempre recibiendo de los que se quedaron en casa cartas llenas de quejas irritadas y hambrientas. ¿Cómo explicarse todo esto? Por fuerza hay que inventar palabras que se sobrepongan a la inevitable, innata cobardía de la carne».

Larisa tratará de contar la guerra en su brutalidad, y narrar la guerra revolucionaria como ella la vive desde su puesto en el combate, llena de admiración por personajes que se sobreponen a los miedos, porque están construyendo algo que ni siquiera cabe en la imaginación, un mundo tan extraordinariamente diferente a todos los conocidos que, sólo de pensarlo, se tiembla con el dedo en el gatillo de la ametralladora. Y se solaza ante la maravillosa historia del rescate de los cuatrocientos veinte prisioneros de los blancos que estaban a punto de ser masacrados.

Y reconstruye la historia de los hermanos K que fue-

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
ron pasados por la bayoneta; y reseña héroes populares que no pueden quedar en el olvido.

La edición que ha llegado a mis manos de *En el frente* es una versión purgada por el estalinismo. Las menciones al jefe del V Ejército, I. N. Smírnov, un personaje que Larisa admiraba profundamente, han desaparecido; los capítulos donde Trotski es personaje central desaparecen y en esta edición se omite el prólogo original en el que Larisa escribe intentando un resumen de aquellos terribles años de guerra: «La revolución maltrata a sus servidores de un modo cruel. Es un patrón inflexible con el que no hay que hablar de la jornada de ocho horas, de la protección a la maternidad o la subida de salarios. Este déspota lo acapara todo: cerebro y voluntad, nervio y vida. Hierde, agota, chupa la sangre de generaciones enteras para luego arrojarlas al estercolero y alzar nuevas levass, llenas de vigor y de entusiasmo, de las reservas inagotables que le brindan las masas del pueblo». El texto se fumiga, arde el papel en la vorágine censora de la contrarrevolución soviética, los burócratas temen la metáfora, la alusión que no existe, la falta de respeto; adoran las inexistentes frases que hacen de la revolución un ritual de oración que hace tiempo ha perdido su contenido; la irreverencia que puede darse en aquél que vive la historia y ha ganado el derecho de reírse, pero no florece en el escritorio del censor, donde se establecen las historias oficiales y por lo tanto el episodio de Sviyazhsk desaparece de la historia soviética.

Pero eso será entonces; ahora Larisa está furiosa con la Europa que no sabe de la barbarie de la guerra civil y que ignora las matanzas de los trabajadores en el territorio

Oriental controlado por los blancos; una Europa sometida al bombardeo noticioso de las agencias del gran capital. En sus retinas quedan las historias que algún día contará. En su memoria, la idea eterna de que es triste morir, y que aquí no queda tiempo para la muerte, apenas irte: «Sin Dios y sin el Diablo, espantados ambos por la revolución, con el tiempo justo para decir: Puedes quedarte con las botas ».

Esta primera campaña es terrible, y al mismo tiempo, a los ojos de Larisa, tiene la belleza de lo imposible. La caída de Kazán destruye la amenaza de la Legión Checa y permite a la República bolchevique concentrar su poder en otros frentes.

Un serio historiador francés, J. J. Marie, no puede escaparse de la imagen al mirar con los ojos de la historia a Raskólnikov-Larisa: «Formaban una pareja de cine». Un contemporáneo deja la siguiente descripción de Raskólnikov: «Hermoso, de ojos azules, muy afeitado, tenía aspecto de ser un estudiante inglés, no un bolchevique ruso». Las fotografías muestran que en ese año Larisa tiene mucho pelo y tiende a tratar de esconderlo recogéndolo en la cabeza, como si la larga melena le estorbara para ser mujer-cronista, testigo que tiene que pasar desapercibido para no ser personaje en la historia que otros hacen y ella cuenta. Enmascara pues la melena con rodetes. Bajo el pelo, una mirada maravillosa de ojos cercanos y una nariz afilada sobre labios ligeramente echados para adelante. Poco a poco se ha cambiado la blusa campesina rusa por la blusa blanca proletaria, los pantalones holgados de pernera ancha y el capote de marino. Trotski, que tiene una pluma hiriente, no ahorrará elogios en sus memorias para la joven Larisa:

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
«maravillosa mujer», «figura de diosa olímpica», «fina inteligencia aguzada de ironía y la bravura de un guerrero». Y así debe de haber sido vista por los dos mil marineros de la flota que la adoraban.

V

El invierno hace que la flota se repliegue a su base en Nizhni Nóvgorod. Larisa continúa trabajando con Raskólnikov, con los comisarios políticos de la flota, hasta que el 18 de diciembre de 1918, en una incursión desde la base de Krons-tadt a bordo del Spartak, él topa con una escuadra de cinco cruceros ingleses ligeros; al huir se destruye la hélice del torpedero cuando choca con unos arrecifes y los británicos lo capturan frente a Revel.

Para liberarlo Larisa, desesperada, trata junto con Sklovski de montar un golpe de mano utilizando carros blindados, porque piensa que los ingleses lo van a fusilar. Está en ello cuando los británicos hacen desaparecer a Raskólnikov, luego ella se enterará de que ha sido llevado a Inglaterra. Larisa tiene veintiséis años, ha vivido el inicio de una guerra que parece interminable, y se ha quedado sin su compañero. ¿Cómo son esos meses en estas nuevas angustias y desvelos? ¿Cómo se vive pensando que van a fusilar al hombre del que estás enamorada? ¿Lloran los comisarios políticos en la soledad de la noche? Encerrado en la prisión de Brickstone, en Londres, Raskólnikov pasará allí cinco meses, hasta que es canjeado por prisioneros ingleses en mayo de 1919.

Larisa trabaja en el comisariado de la marina de guerra; tiene la delicada tarea de actuar con los ex almirantes

zaristas que han aceptado colaborar con el ejército rojo. A su salida de la cárcel, Raskólnikov se hace cargo de la flota del Volga y emprende de inmediato la segunda campaña contra Denikin. Larisa sube de nuevo a la cubierta de las cañoneras. Viajan combatiendo con la flota desde Astraján hasta lograr la liberación de Enzeli.

## VI

Al final de la guerra civil, la pareja «de cine» es enviada a cumplir una delicada misión diplomática en Afganistán, donde una contienda subterránea se libra entre los soviets y el imperio británico, que ya ha enfrentado tres guerras en territorio afgano para controlar a las tribus y que ahora vigila con desconfianza a un emir con veleidades antiimperialistas que coquetea con los rusos.

¿Qué guardan los archivos del Foreign Office inglés sobre el paso de Larisa y Raskólnikov por Kabul? ¿Qué mezcla de chismes palaciegos, informes de sirvientes, diplomáticos que vendieron el alma, rumores, recogen los informes confidenciales?

Larisa dirá, con un tono en el que por abajo asoma la burla, que una de sus tareas era influir en las varias esposas del emir.

Comienza a escribir. Primero una serie de crónicas de color que se reunirán en un pequeño volumen que habrá de llamarse *Afganistán*: viñetas, reportajes, parodias, algunas crónicas pintorescas, de costumbres, de usos. Habrá en el libro una doble voz, la de la narradora y la de la narradora que se revela a través de lo narrado. En una nota de color sobre una fábrica llamada «la casa de las máquinas», no

---

**La mejor periodista roja del siglo XX** sólo describe las penurias y miserias de la industrialización del atraso, el capitalismo mezclado con la barbarie, «por mitades feudal y europeo»; también incluye una sorprendente visión sobre «el Oriente, que es todo él, una tierra muda [...] huidizo y mutable, pero inmóvil en el movimiento, sí, quieto como la muerte». ¿De qué habla Larisa? ¿Del país, del paisaje, de su estado de ánimo?

En otra de sus crónicas dice: «Ya estaba una harta de tanto funcionario afgano y de tanto extranjero cortés y amable, de tanto correcto inglés con la sonrisa siempre a mano», y se ríe de las «nubes de espías que pasan zumbando en todas direcciones», y se ríe de nuevo del emir, que es un vicioso de las apuestas y que llevará el vicio a apostar cuándo se caerá una copa, cuántos ciclistas vendrán en esa comitiva... Larisa estaba hastiada; no se pasa fácilmente de las situaciones límite de la guerra civil al lento mundo del espionaje y la diplomacia en un país clavado en el pasado. La historia se estaba haciendo en otra parte, con otros hombres, pero las danzas guerreras le fascinaban; quizá el único tema que arranca el calor en sus artículos es cuando reseña los bailes guerreros de afridis y vasirios, que danzan incendiando, combatiendo sombras, peleando contra los fantasmas de los ingleses muertos en las tres guerras afganas; entonces Larisa vibra con ellos.

En esos días de aparente calma es cuando Larisa encuentra el tiempo necesario para revisar sus vivencias de la guerra y escribe no sólo las notas de *Afganistán*, también las memorias de la guerra en la flota del Volga que habrán de reunirse en un libro: *En el frente*.

Y su vida con Raskólnikov es un desastre. Un anónimo bolchevique habría de registrar en su diario: «Sus amo-

ríos con un príncipe afgano se habían hecho públicos en todo el mundo y habían colocado al embajador soviético en Afganistán en una posición embarazosa». Incluso su amiga Elizabeth K. Poretski se hacía eco de la historia: «Corría el rumor de que durante su permanencia en Bujara [era en Kabul] había tenido numerosas aventuras con oficiales británicos, a los que iba a visitar a su acuartelamiento, desnuda bajo un abrigo de pieles».

Hasta una sociedad tan liberal como la nueva sociedad soviética, donde la búsqueda de los caminos para romper los viejos modelos de la vida se ampliaban liberalmente al mundo del sexo y desde luego del matrimonio, no estaba exenta de puritanismo y desde luego de amor por el chisme. Las historias más fantásticas han de perseguir a Larisa en la URSS. La calumnia vuelve a encontrarse en el centro de su vida como cuando su padre había sido acusado de colaborador de la policía. Larisa aclarara luego a sus compañeros: «el autor de esos rumores era Raskólnikov, cuyos celos eran de una violencia sin límites. Me mostró una cicatriz en la espalda, que le había quedado de un latigazo que él le había dado».

Haya elementos de verdad en una u otra versión (y lo siento, Larisa, la distancia y la desinformación no son buenos compañeros para la precisión narrativa, y además no me molesta que te hayas llevado a la cama a todos los príncipes afganos y a todos los caballeros británicos que se hayan cruzado en tu vida), la realidad es que estas historias han de seguirla como una sombra. Y me hubiera gustado que las hubiera puesto en el papel, y hubiera contado cómo el calor y el polvo desgastan a una pareja «de cine», y el aburrimiento destruye los amores.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Pero habrá que quedarse con rumores, desmentidos y calumnias y que puritanos y licenciosos adopten sus versiones. El caso es que rompe con Raskólnikov y regresa a la URSS rodeada de murmuraciones de que lo ha hecho bajo una amenaza de expulsión diplomática.

### VII

Se publican los libros. Larisa muestra una visión propia y nada hagiográfica de la revolución y sus líderes. El mismo Lenin es tratado como igual entre iguales en una de las parodias que hace de sus contactos con un financiero norteamericano: «El gnomo riéndose de las quimeras de los hombres». Hay cariño, pero una cierta irreverencia, cuando lo retrata: «Los ojos tártaros y un poco oblicuos».

En su retorno a la URSS siente cambios que no entiende claramente: se ha abandonado el comunismo de guerra y se ha instaurado la nueva política económica que protege a los campesinos medios; descubre fenómenos de intransigencia, corrupción y abuso del poder. Rádek cuenta: «Todo el verano está inquieta y mira a su alrededor con una íntima aprehensión», y luego se pregunta en su nombre: «¿Alcanzará la podredumbre al organismo del partido?».

Su padre tiene problemas: fue redactor de la Constitución soviética y publicó artículos sobre los peligros de la concentración del poder en un partido único. Retornan las viejas calumnias de que había sido colaborador de la Okrana zarista. Sus artículos han provocado malestar y se le sanciona por «conducta indigna de un miembro del partido».

En septiembre de 1923 Larisa se entrevista con Karl Rádek y le pide que la envíe a Alemania, donde se encuen-

tra en estos momentos el centro de la revolución mundial. Los rumores en Moscú dicen que Rádek se ha enamorado locamente de ella y la persigue con tesón. Un nuevo chisme alimenta las calderas del rumor de la ciudad que no por revolucionaria deja de ser pequeñamente provinciana.

Karl Rádek tiene treinta y ocho años cuando se encuentran. Es un personaje que suma todas las contradicciones: judío polaco formado en el catolicismo y en el nacionalismo polaco, pero uno de los precursores del internacionalismo antibélico zimmerwaldiano; organizador del movimiento obrero desde la adolescencia, ligado al Partido Comunista polaco, al alemán y al ruso. Un hombre de choques y contrastes, de izquierda radical, pero dado a la negociación de los principios, ambivalente; directo y dado al ejemplo vulgar, pero enciclopédico. Una descripción de la época precisa: «tenía la apariencia de un extraño cruce de profesor con bandido»; feo, cabezón, de barba rojiza, dientes amarillentos por los puros o la pipa que fuma constantemente, vestido habitualmente con traje de paño marrón y polainas, que ha hecho su uniforme, en el 23 es el dirigente de la Internacional Comunista y responsable en buena medida de sectarismos, aventuras, virajes políticos, delirios insurreccionales y sensatas desesperaciones.

## VIII

No sé si la relación entre Larisa y Rádek, este extraordinario personaje que bien merece una novela, se origina en Moscú o en Alemania, pero en los próximos años vivirán como pareja. El hecho es que ambos se encontrarán en los próximos meses en Berlín, Rádek estimulando un proceso insu-

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
reccional cuyos primeros actos Larisa descubre en Dresde cuando arriba el 21 de octubre de 1923, justo en el momento en que las tropas de los cuerpos francos, los restos del militarismo, dirigidos por Müller, destruyen la huelga general en Sajonia.

Cuando el 24 de octubre se inicia la insurrección de Hamburgo, Larisa quiere marchar de inmediato hacia allá. Rádek se lo impide: no sólo es extranjera, sino soviética y se encuentra ilegal en el país. Larisa en Berlín lleva vida clandestina, se mueve un poco más en la calle que Rádek, obligado a la reclusión, pero se ve forzada a rehuir a la organización comunista que se encuentra en la clandestinidad. Camina, observa, visita el Reichstag, se ríe de los parlamentarios conservadores, hace un retrato desesperado de la miseria urbana, la brutal inflación, las muertes de hambre, el desempleo. Asiste a mítines y manifestaciones, incluso narra la vida de la hija de unos obreros acomodados y su paseo por el zoológico.

Producto de este mes, surgen cuatro reportajes que cobrarán más tarde la forma de un folleto, *Berlín, octubre de 1923*. Su prosa se afina, combina el análisis político muy a la manera de Trotski con las habilidades de la descripción naturalista de Zola, el sentido del humor, la creación de micropersonajes, la revelación de atmósferas; y es dura, ortodoxamente dura: la socialdemocracia conciliadora es el obstáculo fundamental para la revolución alemana; la revolución socialista es la única salida para un país destruido por las cargas de la posguerra y la crisis económica. Finalmente, Larisa no resiste y viaja hacia Hamburgo a la búsqueda del mito de la reciente revolución de sesenta horas que dio a los obreros comunistas el control de la ciudad.

Camina por las calles, observa el mundo industrial, visita a los obreros escondidos, asiste a los juicios, entrevista a las esposas de los detenidos. Al principio le cuesta trabajo entrar; en cuanto se rompe la desconfianza accede a conversaciones y materiales. Llena cuadernos de notas, llena la cabeza de humo, reconstruye, toma partido. Regresa a la Unión Soviética y se entrevista con Hans Kippenberger, uno de los dirigentes de la revolución que ha logrado fugarse. Compara sus notas con la memoria del militante, revisa, escribe.

Surge *Hamburgo en las barricadas*, el que habría de ser su libro más importante. Una narración de la insurrección, que no desprecia un largo prólogo donde las cicatrices en los edificios hanseáticos, las gigantescas grúas de los astilleros, las calles de las putas, los barrios obreros, los bares, los tranvías, los horarios, las mujeres, las frases en dialecto, van construyendo el marco de la aventura del partido comunista, con una clase obrera cada vez más irritada, más agresiva y rabiosa.

Larisa no sólo se enamora de los hombres de la insurrección, y de la insurrección en sí misma, a pesar del fracaso; también se enamora del mundo industrial, del ambiente portuario, del olor a arenque y a queso; en medio de esta historia y de los obreros que la protagonizaron está en casa. Y como siempre, contar es fijar en la memoria, construir lo que se niega, lo que se olvida: «Dos o tres días, o dos o tres semanas después, junto con los periódicos hechos jirones y los carteles hechos guiñapos, arrancados a punta de bayoneta o deslavados por sucios chorros de lluvia, el breve recuerdo de las batallas callejeras, las revueltas avenidas y los árboles lanzados como puentes a través de calles como ríos y

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
callejones como arroyos, también se diluye. Las puertas de la cárcel se cierran tras los convictos en tanto que otros compañeros de lucha, expulsados de las fábricas, se ven obligados a buscar trabajo en otra ciudad o en un distrito lejano; los que están desempleados después de la derrota se refugian en los escondrijos más distantes y anónimos, las mujeres permanecen calladas y los niños, precavidos ante las preguntas zalameras de la policía secreta, lo niegan todo. Así pues, la leyenda de los días del levantamiento se esfuma».

El trabajo se edita fragmentariamente en revistas, y en un libro finalmente a lo largo del año 1924.

## IX

De nuevo en la Unión Soviética, trabaja con Trotski en la comisión para el mejoramiento de los productos industriales. Pero necesita volver a los caminos, la sangre caliente del reportero la domina. ¿Dónde se gesta la revolución? ¿Dónde están los cambios? En el mundo industrial, en las fábricas y las minas, lejos de la burocracia de Petrogrado y Moscú. Durante meses viaja a los Urales, a la cuenca carbonífera del Donetz, a las minas de platino de Kytlym, a las fundiciones, a las textileras de Ivanovo; duerme en trenes, en las minas, en los locales sindicales, van saliendo reportajes que luego cobrarán cuerpo en *Carbón, hierro y seres humanos*.

Es una visión sorprendente, lejos de la propaganda, de la que no están exentas las leyendas populares, las viejas historias, las críticas brutales a la manera de vivir de los trabajadores, o la falta de cuidado contra los incendios forestales; cuenta epidemias, errores burocráticos, hazañas casi imposibles. Narra un mundo que en apariencia puede parecer árido y bajo su pluma se vuelve apasionante.

Habla de fundidores con nostalgias agrarias que odian al partido comunista, y de cuadros del partido castigados por error que siguen en la primera línea. Construye personajes, secundarios inolvidables, hombres imposibles que juegan con fuego, que se quejan amargamente de que entre el soviét y la mina han acabado con su vida a los cincuenta y tres años, pero que permanecen en el centro de la vorágine por un sentido del deber difícil de explicar. Habla de logros industriales y también de fracasos y vuelve a su fascinación por el mundo industrial, compone páginas maravillosas donde el hierro es personaje de la narración y goza la descripción de los martillos gigantes de las laminadoras.

Y la pluma no tiembla cuando critica la política del avance a saltos, mientras se descuidan las condiciones de vida de los trabajadores. Cuenta desde dentro, sin dudar al tomar partido, pero sabe que la adulación y la propaganda son malos sustitutos de la verdad del reportaje. El libro será escrito en Leningrado, donde vive con Rádek, que ha sido excluido de la dirección de la Internacional Comunista responsabilizado por el fracaso de la revolución alemana.

X

A mediados del 24 retorna a Moscú, luego viajará nuevamente a Alemania y escribirá *En el país de Hindenburg*, una reseña de color del capitalismo, con una visión esperpéntica, tocada a veces de surrealismo.

Empieza describiendo los monopolios de la prensa, luego revisa el mundo industrial a través de la historia de Junkers y sus empresas bélicas reformadas. Larisa no puede esconder su fascinación por la técnica, su amor por las máquinas, aunque sean bélicas. Y su tono burlón se filtra a

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
veces de encanto en la descripción. Pero estas notas son fundamentalmente material de propaganda y retoma el aliento para maldecir el capitalismo salvaje del renacimiento alemán con su mejor prosa.

*En el país de Hindenburg* se edita en 1925, primero en revistas y luego como pequeño libro.

Apenas ha terminado el trabajo cuando comienza a laborar en un libro sobre los decembristas y una serie de conferencias sobre la revolución de 1905: así como una serie de retratos sobre Tomás Moro, Babeuf, Münzer, Blanqui. En 1926 cae enferma de tifus, su condición física no es buena, está minada por las viejas fiebres de malaria que había adquirido en Afganistán.

Su enfermedad se produce en el momento del ascenso de la derecha en el partido. Stalin y Bujarin comienzan a construir el aparato burocrático que se convertirá poco después en el instrumento de la represión contra su propio partido. La república de los soviets y de los bolcheviques, que ha excluido en los últimos años a mencheviques, a socialrevolucionarios de derecha, de izquierda, a los anarquistas, camina hacia la dictadura unipersonal de Stalin. Larisa se encuentra capturada entre la enfermedad y el exilio de todos los exilios, el exilio interior.

La enfermedad parece ceder, comienza a reponerse, pero las fiebres retornan. Rádek cuenta: «Hizo el voto de luchar por la vida hasta el final y sólo abandonó esta lucha cuando finalmente quedó inconsciente». Muere en el sanatorio del Kremlin el 9 de noviembre de 1926, a los treinta y cuatro años. Sosnovski resume en la hora de su muerte lo que veían en ella sus contemporáneos: «Una pasión salvaje por la vida».

Pero quizá su salida del escenario político haya sido una bendición, porque sus amigos y personajes, sus esposos y camaradas habrán de desaparecer en los próximos años tragados por la vorágine estalinista: Trotski será asesinado en su exilio en México; Liev Sosnovski desaparecerá en los campos de concentración; Raskólnikov, el mismo año de la muerte de Larisa, será separado de sus actividades dentro de la Internacional Comunista, y aunque en la lucha interna se alinea con Stalin, en el 37 sus libros pasan a la lista de prohibidos, estando en Francia no retorna a Rusia y envía una carta abierta a Stalin acusándolo de haber traicionado la revolución española. Muere en Niza el 39, de una manera muy extraña.

Como recuerda Richard Chappell en sus notas a *Hamburgo en las barricadas*, los seis hombres que portaron el ataúd de Larisa habrían de caer de una u otra manera víctimas de las purgas: Rádek, asesinado después de los procesos del 37; Lashevich morirá en un accidente en Siberia tras haber sido expulsado del partido; I. N. Smírnov será fusilado tras los procesos de Moscú y Enukidzé tras un proceso secreto en el 37. Mejor suerte corrieron Boris Volin y Boris Pilniak. Remmelé, el líder del partido comunista alemán que protagoniza Berlín, octubre 1923, y Karajan, el diplomático que es figura central en el artículo «Krupp y Essen», cayeron también en la matanza estalinista; Hans Kippenberger, el dirigente de la revolución de Hamburgo, fue detenido en el 36 al descender de un tren en Moscú y ejecutado.

Larisa no estuvo allí para contarle y correr la suerte de sus amigos y compañeros.



## NOTAS

Los escritos de Larisa Reisner han sido publicados en español en dos antologías, la de Cenit en Madrid en 1929 (*Hombres y máquinas*) y la de Era en México en 1977 (*Hamburgo en las barricadas*). Hay además traducidos fragmentos de *En el frente* en diferentes antologías editadas en español en la primitiva URSS.

No conozco una biografía dedicada al personaje, pero sí en cambio una excelente sobre Rádek, la de Warren Lerner, *Karl Radek, the last internacionalist*, y un texto del propio Rádek sobre Larisa en «Portraits and pamphlets», así como el artículo que escribió sobre Larisa después de su muerte para la enciclopedia Granat, reproducido en *Los bolcheviques*, de Marie y Haupt, libro del que también utilicé las autobiografías de Rádek y de Raskólnikov.

Resultan muy interesantes los libros de Viktor Sklovski: *Viaje sentimental*; Elizabeth K. Poretski: *Nuestra propia gente*, Werner T. Angress: *Stillborn revolution*; Julio Álvarez del Vayo: *La senda roja*; las *Memorias de un bolchevique leninista*, editadas en samizdat y los libros de Trotski, en particular *Mi vida*, *La Historia de la Revolución Rusa* y sus *Escritos militares* (en la edición de dos tomos de Ruedo Ibérico), así como el texto de Víctor Serge: *Vida y muerte de León Trotski*.



## SVIYAZHSK

Larisa Reisner

Cuando dos camaradas que trabajaron juntos en el año 1918, que combatieron en Kazán contra los checoslovacos, y después en los Urales o en Samara y Tsaritsin, se encuentran muchos años después, tras intercambiar las primeras preguntas uno de los dos siempre termina por decir:

“¿Te acuerdas de Sviyazhsk?” Y entonces vuelven a estrecharse las manos con fuerza.

¿Qué es Sviyazhsk? Hoy es una leyenda, una de esas leyendas revolucionarias cuya crónica nadie ha escrito aún, pero que se cuentan una y otra vez de un confín al otro de la inmensidad rusa. Ningún antiguo soldado del Ejército Rojo que haya estado entre los veteranos, entre los fundadores del Ejército Obrero y Campesino, cuando de vuelta en casa recuerde los tres años de la Guerra Civil, pasará jamás por alto la insigne epopeya de Sviyazhsk, esa encrucijada a partir de la cual la ofensiva revolucionaria comenzó a extenderse cual marejada hacia los cuatro puntos cardinales. Al

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
este, hacia los Urales; al sur, hacia el mar Caspio, el Cáucaso y las fronteras de Persia; al norte, hacía Arcángel y Polonia. No de golpe, claro está, no simultáneamente, pero fue sólo a partir de Sviyazhsk y Kazán que el Ejército Rojo se cristalizó para asumir esas formas militares y políticas que, tras una serie de cambios y perfeccionamientos, se han vuelto clásicas en la RFSSR [República Federal Socialista Soviética de Rusia].

El 6 de agosto [de 1918] numerosos regimientos formados a toda prisa huyeron de Kazán. Los mejores elementos entre ellos, el sector con mayor conciencia de clase, se aferraron a Sviyazhsk; ahí se detuvieron y resolvieron oponer resistencia, combatir. Para el momento en que las hordas de desertores que habían huido de Kazán se aproximaban a Nizhny Nóvgorod, la barrera erigida en Sviyazhsk ya había detenido a los checoslovacos; su general, quien intentó tomar por asalto el puente ferroviario que cruzaba el Volga, murió durante el ataque nocturno. Así, desde el primer choque entre los blancos, que acababan de tomar Kazán y por lo tanto venían con la moral más alta y mejor equipados, y el núcleo del Ejército Rojo que trataba de defender la cabeza de puente al otro lado del Volga, la ofensiva de los checoslovacos quedó decapitada; con la muerte del general Blagotic, perdieron a su jefe más capaz y popular. Ni los blancos, en el arrebato de sus victorias recientes, ni los rojos, replegados en torno a Sviyazhsk, sospechaban siquiera la importancia histórica que adquirirían aquellas primeras escaramuzas.

Es muy difícil transmitir la importancia militar de Sviyazhsk sin tener a mano los materiales necesarios, sin un mapa y sin el testimonio de los camaradas que formaban

las filas del V Ejército en aquel entonces. He olvidado muchas cosas; las caras y los nombres van y vienen como en la niebla. Pero hay algo que nadie olvidará jamás: la tremenda sensación de responsabilidad por la defensa de Sviyazhsk. Fue eso lo que mantuvo unidos a todos los defensores, desde los miembros del Consejo Militar Revolucionario hasta el último de los soldados rojos en busca desesperada de su regimiento en retirada, perdido en algún lugar; el soldado que había dado media vuelta, hacia Kazán, dispuesto a combatir hasta el final con un viejo fusil en la mano y una determinación fanática en el corazón. Todo el mundo comprendía la situación así: otro paso atrás abriría el Volga al enemigo hasta Nizhny (Nóvgorod) y por tanto abriría también la ruta a Moscú.

Continuar la retirada habría sido el principio del fin, la sentencia de muerte de la república de los soviets.

Ignoro hasta qué punto esto era cierto desde el punto de vista estratégico. Si se hubiera replegado aún más, quizás el ejército habría podido consolidar un puño similar en alguno de los incontables puntos negros que salpican el mapa y, a partir de ahí, llevar su estandarte a la victoria. Pero desde el punto de vista de la moral del ejército era indudablemente cierto. Y en la medida en que retirarse del Volga significaba en ese momento el colapso total, en esa medida la posibilidad de resistir, con nuestras espaldas contra el puente, nos infundía una esperanza tangible.

La ética revolucionaria había formulado esta situación compleja de la manera más sucinta: retroceder significaba permitirle a los checos marchar hasta Nizhny y Moscú. En cambio, si Sviyazhsk y el puente resistían, el Ejército Rojo volvería a conquistar Kazán.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Me parece que fue al tercer o cuarto día tras la caída de Kazán cuando Trotsky llegó a Sviyazhsk. Su tren llegó a la pequeña estación con la obvia intención de permanecer ahí mucho tiempo; la locomotora jadeó un poco, la desacoplaron y partió a saciar su sed, pero no regresó. Los vagones permanecían alineados, tan inmóviles como las sórdidas chozas de paja campesinas y las barracas que ocupaba el Estado Mayor del V Ejército. Su inmovilidad subrayaba en silencio que no había a dónde ir, y que era impermisible partir.

Poco a poco, la creencia fanática de que esta pequeña estación se convertiría en el punto de partida de una contraofensiva sobre Kazán comenzó a cobrar realidad.

Cada día que pasaba iba fortaleciendo y animando a aquel apartadero miserable y olvidado de Dios, que resistía frente a un enemigo tan superior. De algún lugar en la retaguardia, de las aldeas perdidas del interior, empezaron a llegar soldados, primero de uno en uno, luego diminutos destacamentos y finalmente formaciones militares en un estado de conservación muy superior.

Aún puedo ver aquel Sviyazhsk donde ni un soldado se batió “bajo coacción”. Todo cuanto ahí había de viviente y se batía en defensa propia, todo ello se mantenía unido por las más fuertes relaciones de disciplina voluntaria, de participación voluntaria en aquella lucha que al principio parecía tan irremediabilmente perdida.

Aquellos seres humanos que dormían en el suelo de la estación, en chozas mugrientas llenas de paja y trozos de vidrio, apenas tenían esperanzas de victoria, y por ello no temían a nada. A nadie le interesaba especular sobre el mo-

mento y la manera en la que aquello “terminaría”. El “mañana” simplemente no existía; sólo había un breve espacio de tiempo caliente y humoso: el hoy. Y de él se vivía, como se vive en tiempo de cosecha.

Mañana, mediodía, tarde, noche: cada hora se explotaba al máximo; cada hora debía vivirse y utilizarse hasta el último segundo. Había qué seccionar cada hora cuidadosa y finamente, como se siega el trigo maduro en el campo hasta la raíz. Cada hora parecía tan plena, tan diferente de toda la vida anterior que, no bien se desvanecía, cobraba la apariencia de un milagro. Y en efecto lo era.

Los aviones iban y venían, dejando caer sus bombas sobre la estación y sobre los vagones del tren. El detestable ladrido de las ametralladoras y las parsimoniosas sílabas de la artillería se acercaban por momentos para volver a alejarse. Y, mientras tanto, un ser humano ataviado con un andrajoso capote militar, sombrero de civil y botas agujeradas que dejaban ver los dedos de los pies — en pocas palabras, uno de los defensores de Sviyazhsk — sacaba sonriendo un reloj de su bolsillo y concluía para sus adentros:

“Así, que es la una y media o las cuatro y media o las seis y veinte. Por lo tanto, sigo vivo. Sviyazhsk resiste. El tren de Trotsky sigue sobre las vías. La luz de una lámpara titila tras la ventana del Departamento Político. Bien. El día terminó”. Los abastecimientos médicos faltaban casi completamente en Sviyazhsk. Dios sabe cómo hacían los médicos para vendar las heridas. Pero semejante pobreza no avergonzaba ni asustaba a nadie. Al dirigirse a la cocina en busca de su ración de sopa, los soldados pasaban junto a las camillas de los heridos y los moribundos, pero la muerte no

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
les infundía temor alguno. Se la esperaba todos los días, a cada momento. Yacer sobre un capote militar húmedo, con una mancha roja en la camisa, un rostro sin expresión y un mutismo que ya no era humano era algo que se daba por sentado.

¡Hermandad! De pocas palabras se ha abusado tanto que se han vuelto patéticas. Pero a veces la hermandad llega, en los momentos de mayor penuria y peligro: abnegada, sagrada, irrepitible en el intervalo de una sola vida. Y nadie puede decir que ha vivido o que sabe algo de la vida si nunca pasó la noche sobre el suelo con la ropa desgastada y llena de piojos, pensando cuán maravilloso es el mundo, ¡cuán infinitamente maravilloso! Que aquí lo viejo fue derrocado y la vida se bate a mano limpia por su verdad irrefutable, por los cisnes blancos de su resurrección, por algo mucho más grande y mucho mejor que este pedazo de cielo estrellado que se muestra a través de la oscuridad azabache de una ventana con los vidrios rotos: por el futuro de toda la humanidad.

Una vez cada siglo se establece contacto y se propaga sangre nueva. Esas hermosas palabras, esas palabras casi inhumanas en su belleza, y el olor de la transpiración viva, la respiración viva de los que duermen a tu lado sobre el suelo. No hay pesadillas ni sentimentalismo, pero mañana amanecerá y el camarada G., un bolchevique checo, cocinará una tortilla de huevo para toda la "banda", y el jefe del Estado Mayor se pondrá una camisa vieja que lavó por la noche y estará tiesa por la helada. Amanecerá un nuevo día en el que alguno morirá, sabiendo en el último segundo que la muerte no es sino una cosa entre tantas otras y de nin-

gún modo la principal, que una vez más Sviyazhsk resistió y que en la pared sucia sigue escrito con tiza “¡Proletarios de todos los países, uníos!”.

Así transcurrieron, uno tras otro, los lluviosos días de agosto. Las líneas débiles y pobremente equipadas no se replegaron; el puente seguía en nuestras manos, y de la retaguardia, de muy atrás, comenzaban a llegar refuerzos. Junto a las telarañas otoñales que surcaban el aire se tendieron verdaderos cables de teléfono y telégrafo, y una especie de aparato enorme, pesado y defectuoso comenzó a funcionar en la estación de ferrocarril olvidada de Dios; Sviyazhsk, ese punto minúsculo que apenas puede discernirse en el mapa de Rusia, ese punto del cual, en un momento de huida y desesperanza, la revolución se había aferrado. Allí se reveló todo el genio organizativo de Trotsky, quien logró restablecer las líneas de abastecimiento e hizo llegar a Sviyazhsk nueva artillería y algunos regimientos sobre vías férreas claramente saboteadas; se obtuvo todo lo necesario para la ofensiva inminente. Además, debe tenerse en cuenta que este trabajo debió llevarse a cabo en el año 1918, cuando la desmovilización aún estaba en su apogeo, cuando la aparición en las calles de Moscú de un solo destacamento del Ejército Rojo bien vestido habría causado verdadera sensación. Después de todo, esto exigía nadar contra la corriente, contra el agotamiento de cuatro años de guerra, contra las corrientes impetuosas de una revolución que barría en todo el país con los vestigios de la disciplina zarista y el odio ciego a todo lo que hiciera recordar el ladrido con el que los antiguos oficiales trasmitían sus órdenes, el odio a los cuarteles y a la vieja vida militar.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

A pesar de todo ello, los pertrechos aparecían ante nuestros ojos. Llegaban periódicos, llegaban botas y capotes. Y donde se reparten botas — para que uno las conserve —, es que existe un mando firme, verdaderamente sólido. Ahí las cosas son estables; el ejército permanece sólidamente atrincherado y la idea de huir no le pasa por la cabeza. ¡Las botas son cosa seria!

En la época de Sviyazhsk no existía aún la Orden de la Bandera Roja, de otra forma se la habría concedido a centenares. Todo el mundo, incluso los cobardes, los nerviosos y los obreros y soldados del Ejército Rojo que eran simplemente mediocres, todos sin excepción llevaron a cabo hechos increíbles y heroicos. Todos se superaron a sí mismos. Igual que las corrientes desbordan sus cauces en primavera, así desbordaban ellos, alegremente, sus capacidades normales.

Tal era la atmósfera. Recuerdo haber recibido, por una casualidad extraordinaria, unas cuantas cartas de Moscú. En ellas se hablaba de cómo la pequeña burguesía se disponía a revivir, eufórica, las grandiosas jornadas de la Comuna de París.

Y, mientras tanto, el frente más avanzado y peligroso de la República pendía de un hilo, de una vía férrea, y ardía, poniendo en marcha una confrontación heroica y sin precedentes que marcaría tres años más de una guerra famélica, tifoidéica y errante.

En Sviyazhsk, Trotsky, quien logró dar al Ejército recién nacido una columna vertebral de acero, quien se enraizó en el suelo negándose a ceder un solo centímetro de terreno pasara lo que pasara, quien pudo mostrar ante el puñado de defensores una sangre más fría que la de cual-

quiera, en Sviyazhsk, Trotsky no estuvo solo. Ahí se habían congregado viejos obreros del partido, futuros miembros del Consejo Militar Revolucionario de la República y de los Consejos Militares de los diversos ejércitos a quienes el historiador futuro se referirá como los mariscales de la Gran Revolución. Rosengoltz y Gussev, Iván Nikitich Smírnov, Kobozev, Mezhlauk, el otro Smírnov y muchos otros camaradas cuyos nombres he olvidado. Entre los marinos, recuerdo a Raskólnikov y al difunto Markin.

Casi desde el primer día, Rosengoltz hizo surgir de su vagón la oficina del Consejo Militar Revolucionario: extraía mapas desvaídos y hacía repiquetear máquinas de escribir — sólo Dios sabe de dónde las había sacado —; en resumen, empezó a construir un aparato organizativo fuerte y geométricamente perfecto, preciso en sus relaciones, inagotable en su capacidad de trabajo y simple en su estructura.

A partir de entonces, en cualquier ejército y frente, siempre que el trabajo empezaba a atascarse, inmediatamente se enviaba a Rosengoltz, como se traslada en una bolsa a una abeja reina para soltarla en una colmena destruida, e inmediatamente empezaba a construir y a organizar, formando células y haciendo zumbar los hilos del telégrafo. Pese a su capote militar y a la enorme pistola que llevaba al cinto, no podía discernirse nada de marcial en su porte, ni en su rostro pálido y un tanto suave. No era ahí donde residía su tremenda fuerza, sino en su innata capacidad de establecer y renovar contactos, de acelerar un flujo sanguíneo estancado e infectado hasta hacerlo alcanzar velocidades explosivas. Al lado de Trotsky, era como una dinamo constante, bien aceiteada y silenciosa, cuyas potentes palancas no

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
dejaban de moverse día tras día, tejiendo la red indestructible de la organización.

No recuerdo exactamente qué tipo de trabajo desempeñaba oficialmente I. N, Smírnov en el Estado Mayor del V Ejército, si pertenecía al Consejo Militar Revolucionario o si al mismo tiempo encabezaba el Departamento Político; pero, más allá del título o marco de su trabajo, él encarnaba la ética de la revolución. Él era el criterio moral supremo, la conciencia comunista de Sviyazhsk.

Incluso la masa de soldados sin partido y los comunistas que no lo habían conocido antes se percataban inmediatamente de su asombrosa pureza e integridad. Es muy poco probable que él mismo supiera hasta qué punto inspiraba temor, pues nada temía más un soldado que el mostrarse cobarde o débil ante los ojos de aquel hombre, que jamás le alzaba la voz a nadie y que simplemente era siempre él mismo, sereno y valeroso. Nadie imponía tanto respeto como Iván Nikitich. Todo el mundo percibía que cuando llegara el momento más grave, él sería el más fuerte, el más valiente.

Con Trotsky: era morir en batalla tras haber disparado la última bala; era morir con entusiasmo, sin sentir las heridas. Con Trotsky: era el sagrado sufrimiento de la lucha; palabras y gestos que recordaban las mejores páginas de la Gran Revolución Francesa.

Pero con el camarada Smírnov (así nos parecía entonces y así lo comentábamos murmurando entre nosotros mientras yacíamos acurrucados sobre el suelo durante aquellas noches, ya heladas, del otoño), con el camarada Smírnov uno sentía serenidad absoluta aun estando “contra la pa-

red", al ser interrogado por los blancos o al verse prisionero en sus mazmorras. Sí, así se hablaba de él en Sviyazhsk.

Boris Danílovich Mijáilov llegó poco después, me parece que directamente de Moscú, o de alguna otra ciudad del centro. Llegó con un abrigo de civil sobre los hombros y en el rostro la expresión brillante y variable de quien acaba de librarse de la prisión o de la gran ciudad.

A las pocas horas, ya se había apoderado de él la salvaje intoxicación de Sviyazhsk. No bien se cambió de ropa, partió en una misión de reconocimiento por los alrededores del Kazán ocupado por los blancos. A los tres días regresó, fatigado, con la cara curtida por el viento y el cuerpo devorado por los omnipresentes piojos. Pero, en recompensa, estaba sano y salvo.

La profunda transformación interna que sufren quienes llegan al frente revolucionario ofrece un espectáculo fascinante: primero se encienden como un cobertizo de paja al que se le prendiera fuego por los cuatro costados, para luego enfriarse hasta quedar convertidos en una única pieza de hierro forjado, uniforme, limpia y resistente al fuego.

El más joven de todos era Mezhlauk, Valerian Ivánovich. A él le había ido particularmente mal. Su hermano menor y su esposa se habían quedado en Kazán y, según se rumoraba, los habían fusilado. Después se supo que su hermano en efecto había muerto y que su esposa había sufrido horriblemente. En Sviyazhsk no se acostumbraba quejarse ni hablar de las desventuras propias, así que Mezhlauk guardaba un silencio honesto, hacía su trabajo y caminaba en su largo capote de caballería sobre el fango pegajoso del otoño, todo él concentrado en un único punto que le calcinaba: Kazán.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Entretanto, los blancos habían empezado a darse cuenta de que, con su resistencia fortalecida, Sviyazhsk se estaba convirtiendo en algo grande y peligroso.

Las escaramuzas y los ataques intermitentes cesaron; comenzó un sitio regular con fuerzas numerosas y bien organizadas por todos lados. Pero ya habían dejado ir el momento oportuno.

El viejo Slavin —comandante del V Ejército que, si bien no era un coronel muy talentoso, conocía su oficio a fondo— se enfocó en un punto clave de la defensa, trazó un plan preciso y lo llevó a cabo con una obstinación verdaderamente letona.

Sviyazhsk se mantenía firme, con los pies clavados en el suelo como un toro que enfilara la amplia frente contra Kazán, plantado inmoviblemente en su sitio y agitando con impaciencia sus cuernos afilados como bayonetas.

Una soleada mañana de otoño, llegaron a Sviyazhsk algunos angostos, ágiles y veloces torpederos de la flota del Báltico. Su llegada causó sensación. El Ejército ya se sentía cubierto por el lado del río. Una serie de duelos de artillería comenzó sobre el Volga, tres o cuatro veces al día. Cubierta por el fuego de las baterías que habíamos ocultado en la ribera, nuestra flotilla ya se aventuraba muy lejos. De esas incursiones, una particularmente audaz fue la que emprendió la mañana del 9 de septiembre el marino Markin, uno de los fundadores y héroes más destacados de la Flota Roja. Tripulando un torpe remolcador acorazado, ese día se arriesgó a ir muy lejos, hasta los muelles mismos de Kazán; desembarcó, ametralló las baterías enemigas hasta poner a sus cuadrillas en fuga, y retiró los percutores a varios cañones.

En otra ocasión, a altas horas de la noche del 30 de agosto, nuestras naves se acercaron a Kazán, bombardearon la ciudad, prendieron fuego a varias barcasas cargadas de municiones y provisiones y se retiraron sin perder un solo buque. Trotsky, al lado del comandante, se hallaba entre los tripulantes del torpedero Prochny, al cual se le tuvo que reparar el mecanismo de dirección mientras la corriente lo llevaba al lado de una barcaza enemiga, ante la boca de los cañones de las Guardias Blancas.

Cuando llegó Vatzetis, comandante en jefe del frente oriental, la ofensiva contra Kazán ya estaba en plena marcha. La mayoría de los nuestros, incluyéndome, carecía de datos precisos sobre el resultado de la conferencia. Pero no tardamos en enterarnos de algo que llenó a todos de satisfacción: nuestro viejo (así llamábamos entre nosotros a nuestro comandante) se había opuesto a la opinión de Vatzetis, quien quería atacar Kazán desde la orilla izquierda del río, la cual ofrece un terreno llano y expuesto; nuestro comandante, en cambio, decidió lanzar el asalto desde la ribera derecha, que domina la ciudad.

Pero precisamente en el momento en que la totalidad del V Ejército se disponía a atacar, cuando sus principales fuerzas finalmente comenzaban a empujar hacia delante en medio de constantes contraataques y batallas que duraban días enteros, tres "luminarias" de la Rusia de las Guardias Blancas se reunieron para acabar de una vez por todas con la prolongada épica de Sviyazhsk. Al frente de una fuerza considerable, Sávinov, Kappel y Fortunátov se lanzaron a un asalto desesperado contra la estación ferroviaria contigua a Sviyazhsk, con el fin de apoderarse de la propia Sviyazhsk

---

**La mejor periodista roja del siglo XX** y del puente sobre el Volga. El ataque fue brillantemente ejecutado: tras un largo rodeo, los blancos se precipitaron súbitamente sobre la estación de Shijrana, la acribillaron, ocuparon sus edificios, cortaron toda comunicación con el resto de la vía férrea y quemaron el tren de municiones que estaba estacionado ahí. La pequeña fuerza que vigilaba Shijrana fue masacrada hasta el último hombre.

Pero eso no fue todo: literalmente cazaron y exterminaron a todo ser vivo que habitaba la pequeña estación. Tuve la oportunidad de ir a Shijrana unas horas después del ataque y pude ver las huellas de esa violencia pogromista totalmente irracional que distinguía las victorias de aquellos caballeros, que nunca se sentían amos ni futuros habitantes de las tierras que accidental y temporalmente conquistaban. En un patio, una vaca yacía brutalmente asesinada (y digo “asesinada” a propósito, no “muerta”). El gallinero estaba lleno de pollos, a los que estúpidamente habían acribillado, ofreciendo un aspecto terriblemente humano. Al pozo, a la pequeña huerta y a las casas las habían tratado como a seres humanos capturados, que encima fueran bolcheviques y “sheenies” [término peyorativo para referirse a los judíos]. A todo le habían sacado las vísceras. Había restos de animales y objetos esparcidos por todas partes: diezmados, profanados, espantosamente muertos. Al lado de estos vestigios de todo cuanto alguna vez fue una residencia humana, la muerte indescriptible e inexpresable del puñado de ferrocarrileros y soldados del Ejército Rojo que había sido tomado por sorpresa parecía encajar en la naturaleza de las cosas.

Sólo en las ilustraciones de Goya sobre la campaña española y la guerrilla puede encontrarse semejante armo-

nía entre los árboles azotados por el viento inclinándose con el peso de los ahorcados, el polvo de los caminos, la sangre y las piedras.

De la estación de Shijrana, el destacamento de Sá-vinkov se dirigió a Sviyazhsk siguiendo la vía del tren. Nosotros enviamos nuestro tren blindado “Rusia Libre” a detenerlo. Si mal no recuerdo, iba equipado con armas navales de largo alcance. Su comandante, sin embargo, no estuvo a la altura de su misión. Viéndose rodeado por ambos flancos (o eso le pareció), abandonó su tren y se apresuró a regresar ante el Comité Militar Revolucionario para “dar parte”.

En su ausencia, el “Rusia Libre” fue acribillado e incendiado. Su carcasa carbonizada y humeante habría de permanecer por mucho tiempo ahí, descarrilada al lado de la vía, en las proximidades de Sviyazhsk.

Tras la destrucción del tren blindado, el camino al Volga parecía completamente despejado. Los blancos se hallaban justamente delante de Sviyazhsk, a kilómetro o kilómetro y medio del cuartel general del V Ejército. El pánico cundió. Una parte del Departamento Político, si no es que su totalidad, se precipitó a los muelles y abordó los vapores.

El regimiento que combatía prácticamente en las riberas del Volga, aunque río arriba, vaciló y luego huyó con sus comandantes y comisarios. Al alba, sus destacamentos frenéticos se encontraban a bordo de los buques del Estado Mayor de la flota de guerra del Volga.

En Sviyazhsk quedaron sólo el Estado Mayor del V Ejército con sus oficiales y el tren de Trotsky.

Lev Davidovich [Trotsky] movilizó a todo el personal del tren: a sus oficinistas, telegrafistas y enfermeros, así como

---

**La mejor periodista roja del siglo XX**  
a la guardia al mando del jefe del Estado Mayor de la flota, el camarada Lepetenko (quien, por cierto, fue uno de los soldados de la revolución más valerosos y abnegados, cuya biografía podría darle a este libro su capítulo más brillante); en una palabra, a todo el que pudiera sostener un fusil.

Las oficinas del mando quedaron desiertas. Ya no había “retaguardia”. Se había lanzado todo contra los blancos, que habían avanzado casi hasta la estación. Entre Shijrana y las primeras casas de Sviyazhsk, todo el camino estaba labrado por los obuses y cubierto de caballos muertos, armas abandonadas y cartuchos vacíos. Y cuanto más cerca de Sviyazhsk, mayor era el caos. El avance de los blancos sólo fue detenido después de que hubieron saltado sobre el esqueleto carbonizado del tren blindado, aún humeante y oliendo a metal fundido. Tras haber alcanzado violentamente el umbral mismo de la ciudad, su avance se detuvo y empezó a replegarse como resaca, pero sólo para arrojar de nuevo contra las reservas de Sviyazhsk, movilizadas a toda prisa. Ahí ambos bandos se encontraron frente a frente por varias horas; ahí hubo muchos muertos.

Los blancos se convencieron de que lo que tenían ante ellos era una división fresca y bien organizada que de algún modo sus servicios de inteligencia habían pasado por alto. Exhaustos por su asalto de 48 horas, los soldados tendieron a sobreestimar la fuerza de su enemigo, y no sospecharon siquiera que lo que enfrentaban no era sino un puñado de combatientes formado a toda prisa, y que detrás de ellos estaban sólo Trotsky y Slavin, sentados ante un mapa en una pieza insomne y llena de humo del cuartel general desierto, en el centro de un Sviyazhsk despoblado por cuyas calles pasaban silbando las balas.

A lo largo de aquella noche, como todas las anteriores, el tren de Lev Davidovich se quedó ahí, como siempre, quieto y sin locomotora. Aquella noche no se molestó ni a una sola de las secciones del V Ejército que avanzaban sobre Kazán dispuestas a tomarla por asalto; ni una sola se desvió del frente para proteger a un Sviyazhsk prácticamente indefenso. El ejército y la flota no se enteraron del ataque nocturno sino cuando ya había terminado, cuando los blancos ya habían emprendido la retirada, firmemente convencidos de que frente a ellos había una división casi entera.

Al día siguiente, 27 desertores que habían huido a los buques en el momento más crítico fueron juzgados y fusilados. Entre ellos había varios comunistas. Luego, se hablaría mucho sobre el fusilamiento de aquellos 27, especialmente en la retaguardia, claro, donde nadie entendía cuán delgado había sido el hilo del que pendían el camino a Moscú y toda la ofensiva contra Kazán, llevada a cabo con nuestros últimos recursos y nuestras últimas fuerzas.

Para empezar, el ejército entero estaba inquieto con habladurías de comunistas convertidos en cobardes, de que las leyes no habían sido escritas para ellos, de que ellos podían desertar impunemente mientras que un soldado de base ordinario sería ejecutado como un perro.

De no haber sido por el valor excepcional de Trotsky, del comandante del ejército y de otros miembros del Consejo Militar Revolucionario, la reputación de los comunistas que trabajaban en el ejército habría sufrido un duro golpe y quedado arruinada durante mucho tiempo.

Ningún discurso, por bueno que fuera, habría podido convencer a un ejército que en las últimas seis semanas

---

**La mejor periodista roja del siglo XX** había sufrido todas las privaciones posibles, combatiendo casi a mano limpia, sin contar siquiera con vendajes, que la cobardía no era cobardía y que para el culpable podía haber “circunstancias atenuantes”.

Se dice que entre los fusilados había muchos buenos camaradas, incluso algunos cuyos servicios anteriores compensarían su culpa a cambio de algunos años de prisión y exilio. Es totalmente cierto. Nadie cuestiona que su muerte tuvo el propósito de fortalecer esos preceptos del viejo código militar de “servir de ejemplo”, mientras que al redoble de los tambores se aplica la divisa de “ojo por ojo, diente por diente”. Desde luego, Sviyazhsk fue una tragedia.

Pero todo el que haya experimentado la vida en el Ejército Rojo, que haya nacido y se haya templado con él en las batallas de Kazán, atestiguará que el espíritu de hierro de este ejército no se habría forjado nunca, que la fusión entre el partido y las masas de soldados, entre los simples soldados y las alturas del mando, no se habría consumado si en la víspera del asalto a Kazán, donde cientos de soldados habrían de dar la vida, el partido no hubiera mostrado claramente ante los ojos del ejército entero que estaba dispuesto a ofrendarle a la Revolución ese sacrificio enorme y sangriento; que el partido también estaba sujeto a las severas leyes de la disciplina camaraderil; que el partido también tenía el valor de aplicar sin miramientos, incluso a sus propios miembros, las leyes de la República Soviética.

El fusilamiento de aquellos 27 cubrió la brecha que los famosos asaltantes habían abierto en la unidad del V Ejército y en su confianza en sí mismo. La andanada de fusilería que castigó tanto a comunistas y comandantes como

a simples soldados, por cobardía y comportamiento deshonroso en batalla, forzó al sector de las masas de soldados con menos conciencia de clase y más propensión a desertar (sector que, desde luego, también existía) a sobreponerse y a cerrar filas en torno a quienes marchaban a la batalla conscientemente y libres de toda coacción.

Precisamente en esos días se decidió la suerte de Kazán y con ella la suerte de toda la intervención blanca. El Ejército Rojo recuperó la confianza, se regeneró y fortaleció durante las largas semanas de defensa y ataque.

Fue en esas condiciones de peligro constante y bajo las mayores pruebas morales que desarrolló sus leyes, su disciplina y sus nuevos estatutos heroicos. Por vez primera, el pánico ante la superioridad técnica del enemigo se disolvió. Ahí se aprendía a avanzar pese al fuego de cualquier artillería. Y así, inconscientemente, a partir del instinto elemental de conservación, surgieron nuevos métodos de guerra, esos métodos de batalla específicos que ya se estudian en las más prestigiosas academias militares como los métodos de la Guerra Civil. Un hecho de la mayor importancia fue que en ese momento se encontrara en Sviyazhsk un hombre como Trotsky.

Independientemente de su vocación o su nombre, está claro que el creador del Ejército Rojo, el futuro presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, había de hacerse presente en Sviyazhsk, tenía que pasar por toda la experiencia práctica de aquellas semanas de combate, tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad y a todo su genio organizativo para la defensa de Sviyazhsk, para defender el organismo militar aplastado bajo el fuego de los blancos.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Además, en la guerra revolucionaria interviene otra fuerza, otro factor sin el cual no se puede obtener la victoria: el poderoso romanticismo de la Revolución, que permite a quien acaba de estar en las barricadas adoptar inmediatamente las férreas formas de la maquinaria militar sin perder el paso raudo y ligero obtenido en las manifestaciones políticas, ni la independencia y flexibilidad de espíritu conseguidos a lo largo de años de militancia en condiciones de clandestinidad.

Para vencer en 1918 hubo que tomar todo el fuego de la revolución, todo su calor incandescente, y unirlo al carro vulgar, repelente y ancestral del viejo ejército.

Hasta ahora la historia siempre había resuelto ese problema mediante trucos escénicos imponentes pero vetustos, convocando a escena a algún individuo “con sombrero de tres picos y uniforme de campaña” para que éste o algún otro general montado en un caballo blanco hiciera trizas la carne y la médula revolucionarias y formara con los pedazos repúblicas, banderas y consignas.

En la construcción de su ejército, como en tantas otras cosas, la Revolución Rusa siguió su propio camino. La insurrección y la guerra se fundieron en una, el Ejército y el Partido crecieron juntos, inextricablemente entrelazados, y en las banderas de los regimientos quedaron inscritos sus objetivos comunes, las fórmulas más tajantes de la lucha de clases. En los días de Sviyazhsk, esto aún no tomaba forma y apenas flotaba en el aire buscando un modo de expresarse.

De una u otra manera, el Ejército Obrero y Campesino tenía que hallar una expresión, asumir una forma exterior, producir sus propias fórmulas, pero, ¿cómo? Toda-

vía nadie lo tenía claro. En ese momento, naturalmente, no había un curso, no había preceptos ni había un programa dogmático del que ese organismo titánico pudiera servirse para crecer y desarrollarse.

Al interior del partido y de las masas había sólo un presagio, un presentimiento creativo de esa organización militar revolucionaria que nunca se había visto y a la cual cada día de batalla le susurraba alguna nueva característica real.

El gran mérito de Trotsky reside ahí, en su capacidad de capturar al vuelo el menor gesto de las masas que llevase ya la impronta de esa fórmula organizativa única que tanto se buscaba.

Trotsky examinaba y aplicaba todas esas pequeñas prácticas a través de las cuales la asediada Sviyazhsk simplificó, aceleró y organizó su trabajo de combate, y no solamente en el estricto sentido técnico. No. Cada combinación exitosa de “especialista y comisario”, de quien da las órdenes y quien las ejecuta y asume la responsabilidad por ellas, cada combinación exitosa, tras haber sido puesta a prueba por la experiencia y formulada lúcidamente, se transformaba inmediatamente en una orden, una circular, un reglamento. De este modo se impidió que la experiencia revolucionaria viva se perdiera, se olvidara o se deformara.

La norma que regía en todas partes no era la mediocridad, sino su contrario, lo mejor, las cosas geniales que las masas mismas concebían en los momentos más explosivos y creativos de la lucha. Tanto en las cosas pequeñas como en las grandes — ya se tratara de asuntos tan complejos como la división del trabajo al interior del Consejo Militar Revolucionario, o del gesto rápido, vivaz y amistoso que intercambia-

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

ban a manera de saludo un comandante rojo y un soldado cuando se cruzaban, ambos atareados y con prisa por llegar a algún lugar —, todo se tomaba de la vida misma, se asimilaba y regresaba a las masas en forma de norma para su uso universal. Y siempre que las cosas dejaban de avanzar, cuando se atascaban o salían mal, había que averiguar qué había fallado, había que ayudar, había que tirar como tira la partera del recién nacido durante un parto complicado.

Se puede ser un orador muy articulado, se puede dar a un nuevo ejército una forma plástica impecablemente racional, y a pesar de ello hacer su espíritu estéril, permitir que se evapore sin poder mantenerlo vivo en la almadraba de las fórmulas jurídicas. Para evitar lo anterior hay que ser un gran revolucionario; se debe poseer la intuición de un creador y un potente transmisor de radio interno, sin lo cual no hay forma de mantener el contacto con las masas.

En última instancia, es precisamente ese instinto revolucionario lo que constituye el más alto tribunal, lo que depura con exactitud su nueva justicia creativa de todo cuanto tenga un fondo contrarrevolucionario profundamente oculto. Ese instinto revolucionario deja caer el puño de su violencia sobre la falaz justicia formal en nombre de la suprema justicia proletaria, que no permite a sus elásticas leyes osificarse, aislarse de la vida ni poner sobre los hombros del Ejército Rojo cargas mezquinas, irritantes o innecesarias.

Trotsky tenía ese sentido intuitivo. En él, el revolucionario nunca se dejaba marginar por el soldado, el dirigente militar o el comandante. Y cuando, con su voz terrible e inhumana, enfrentaba a un desertor, le temíamos como a uno de los nuestros, un gran rebelde que aniquilaría a cual-

quiera por cobardía, por traición no al ejército, sino a la causa de la revolución proletaria mundial.

Era imposible que Trotsky hubiese sido un cobarde, pues de lo contrario el desprecio de aquel extraordinario ejército lo habría aplastado, y jamás le habría perdonado a un debilucho el derramamiento de la sangre fraternal de aquellos 27 con que roció su primera victoria.

Cuando ya no faltaban más que unos cuantos días para que nuestras tropas ocuparan Kazán, Lev Davidovich tuvo que dejar Sviyazhsk; las noticias del atentado contra Lenin exigían su presencia en Moscú. Pero ni el asalto de Sá-vinkov contra Sviyazhsk, organizado magistralmente por los socialrevolucionarios, ni el intento de asesinar a Lenin que el mismo partido llevó a cabo casi simultáneamente, podían ya detener al Ejército Rojo. La marejada final de la ofensiva inundó Kazán.

A altas horas de la noche del 9 de septiembre, las tropas abordaron los buques y al amanecer, hacia las 5:30, aquellos lerdos transportes de varios puentes, escoltados por los torpederos, llegaron ante los muelles de Kazán. Era extraño navegar bajo la luz de la luna frente al molino medio derruido de techo verde, detrás del cual había estado una batería de los blancos; frente al casco medio quemado del "Delfín", que yacía desvalijado y encallado en la ribera desierta; por aquellos meandros, lenguas de tierra, bancos de arena y ensenadas que nos resultaban tan familiares y sobre los cuales la muerte había estado paseando del amanecer al crepúsculo durante tantas semanas, a los cuales habían cubierto nubes de pólvora y donde habían fulgurado los haces dorados de la artillería.

---

## La mejor periodista roja del siglo XX

Navegamos con las luces apagadas y en absoluto silencio sobre la gentil corriente negra y fría del Volga.

Detrás de popa, una ligera espuma vibra sobre la susurrante estela que se desvanece entre unas olas que nada recuerdan y que fluyen indiferentes hacia el Caspio. Y, sin embargo, apenas el día anterior, el lugar por el que nuestro gigantesco buque se desliza en silencio había sido un remolino desgarrado y surcado por la explosión continua de proyectiles. Y aquí, justo donde el ala de alguna ave nocturna acaba de golpear sigilosamente el agua, de la cual asciende una ligera bruma hacia el aire frío, ayer mismo se habían levantado torrentes de espuma blanca; ayer, las órdenes habían resonado incesantemente y los delgados torpederos se habían abierto paso bajo una lluvia de esquirlas, entre el humo y las llamas, con los cascos vibrando por la impaciencia comprimida de los motores y por la retroacción de sus baterías de dos cañones que disparaban una vez por minuto con un ruido que hacía pensar en un hipo de hierro.

La gente disparaba, se dispersaba bajo la estruendosa tormenta de obuses, trapeaba la sangre de las cubiertas... Y ahora todo es silencio; el Volga fluye tal como hace mil años y como seguirá fluyendo durante siglos.

Alcanzamos los muelles sin disparar un tiro. Las primeras luces del amanecer encendían el cielo. En la penumbra gris y rosa empezaron a aparecer fantasmas jorobados, negros y calcinados. Grúas, vigas de las construcciones quemadas, postes de telégrafo destrozados... cada cosa parecía haber soportado una pena infinita y haber perdido ya la capacidad de sentir, como un árbol con las ramas secas y retorcidas. Era el reino de la muerte cubierto por las rosas heladas del amanecer septentrional.

Los cañones abandonados con las bocas hacia arriba parecían en la penumbra figuras abatidas, congeladas en una desesperanza muda; con las cabezas apoyadas sobre unas manos frías y húmedas de rocío.

Niebla. La gente empieza a temblar de frío y de tensión nerviosa. El olor del aceite de las máquinas y de las cuerdas con alquitrán invade el aire. El cuello azul del artillero gira con el movimiento de su cuerpo mientras contempla con asombro cómo la ribera despoblada y silenciosa reposa en un silencio mortal.

Esto es la victoria.



## Larisa Reisner

Nació en Lublin, Polonia. Pasó su infancia en Tomsk, donde su padre fue nombrado profesor de Derecho de la Universidad en 1897. Entre 1903 un 1907, residía en Berlín, a donde la familia huyó a causa de las actividades políticas de su padre. Como consecuencia de la Revolución Rusa 1905- 1906, se traslada a San Petersburgo, estudia Derecho y Filología, así como Psiconeurología en el Instituto de Investigación Bekhterev. Durante la Primera Guerra Mundial publicó una revista literaria anti- guerra: *Rudin*. Después de la Revolución de Febrero Larisa comenzó a escribir para el periódico de Gorki, *Novaya Zhizn (Vida Nueva)*. También participó en el programa de reforma de la ortografía del Gobierno Provisional, enseñando a los trabajadores y marineros. Se convierte en miembro del Partido Bolchevique en 1918, casándose con Fyodor Raskolnikov en el verano de ese año. Durante la Guerra Civil fue un soldado y comisario político del Ejército Rojo. Durante 1919 se desempeñó como comisario en la sede del Personal Naval en Moscú. En 1921, ella y su esposo viajaron a Afganistán, como representantes de la República Soviética, llevando a cabo las negociaciones diplomáticas. En octubre de 1923 viajó ilegalmente a Alemania para presenciar la revolución allí, de primera mano y escribir sobre ella, produciendo colecciones de artículos titulados “Berlín, 10 1923” y “Hamburgo en las barricadas”. Sus escritos posteriores vinieron de Hamburgo. Larisa Reisner murió el 9 de febrero de 1926 en el Hospital Kremlin, de Moscú, de fiebre tifoidea; tenía treinta años.

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de mayo del año 2014.

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.